

Del cuerpo monstruoso a la representación fantástica: el caso de *Monstruos y prodigios* de Ambroise Paré.

Cecilia Eudave

Depto. de Letras UdeG
eudave11@yahoo.com.mx

Mucho es lo monstruoso, pero no hay nada que sea más monstruoso que el hombre.

Sófocles (*Antígona*)

Las reflexiones acerca de lo monstruoso o sus derivados, no dejan duda alguna de la preocupación, el interés, o el morbo que causa el fenómeno entre nosotros. Sobre el tema se ha debatido hasta el infinito y, aún así, cada vez sigue despertando un interés renovado. Existen diversas

maneras de focalizar el fenómeno de lo monstruoso, múltiples formas para hablar del sujeto que aquí nos ocupa; por ello, este ensayo se centra, principalmente, en cómo las anomalías físicas, como la deformidad corporal, dan paso a la representación fantástica; ya que, como reza la sentencia popular, “nuestro cuerpo es un espejo del alma”, señala una cosmovisión espiritual o religiosa desde la cual se ha construido un referente poderoso en la cultura occidental, el cual indica, predominantemente, que todo monstruo es un engendro de maldad, de perversidad, siempre bajo la condena de la diferencia física, donde sólo se puede esconder la infamia. Somos lo que proyectamos.

Esta sentencia de carácter determinante parece circular por la literatura. Existen numerosos ejemplos o esfuerzos por parte de algunos escritores de mostrar cómo un monstruo indica o señala una presencia demoniaca; ejemplos que cumplen con su designación tácita: la de evidenciar lo más bajo y ruin de la humanidad. Recordemos que en *El retrato de Dorian Grey*, su protagonista pacta con el demonio para no perder el candor, y confinar sus excesos, sus más bajos instintos, en la pintura que se convertirá en receptáculo, confidente, guardián de su alma putrefacta y maligna. Y

qué decir de Drácula o sus malogrados clones, entre un sinfín de catálogos de seres imposibles o deformes que pululan, aterrorizan, y escarmientan al mundo, y que son vistos como analogías de las sociedades y sus decadencias.

Entre mis entes favoritos está Frankenstein, quizá porque es el producto más encarnizado de la codicia mental del ser humano, de su intento arrebatado de ser creador y no criador de lo vivo. El castigo, porque lo hay para el que desafía las reglas de la naturaleza (en su más enceguedor panteísmo), o las leyes de un dios (soberbia absoluta), es precisamente crear monstruos. Aunque, como en el caso de Frankenstein, este producto aberrante fuera más humano que el padre mismo, en ese intento por definirse, por saber su origen y su futuro. ¿Analogía de una creación invertida, de una humanidad menos insolente?

Sin embargo, a pesar de lo mucho que me gusta este signo de la decadencia del siglo XIX y sus múltiples lecturas o metáforas significantes, en esta ocasión voy a ir más atrás en el tiempo para reflexionar sobre la tipificación de monstruosidades creada por Ambroise Paré (1509-1590) – médico de reyes, cirujano, miembro del colegio de San Cosme–, consignada en su polémico libro *Monstruos y prodigios* (1575). Este texto suscitó la ira, además de muchas querellas, entre sus contemporáneos. Es importante hacer énfasis en que este libro era visto como un manual científico, y que todo lo ahí registrado pretendía ser fiel a los resultados de una investigación rigurosa; pero sobre todo comprobada (aunque nunca se muestre con efectividad esos modos de evaluación), acompañada de viñetas que dan fe de lo estudiado. También es importante conocer la definición de Paré sobre el tema a tratar. Cito del prefacio del libro:

“Los monstruos son cosas que aparecen fuera del curso de la Naturaleza (y que, en la mayoría de los casos, constituyen signos de alguna desgracia que ha de ocurrir), como una criatura que nace con un solo brazo, otra que tenga dos cabezas y otros miembros al

margen de lo ordinario. Prodigios son cosas que acontecen totalmente contra la Naturaleza, como una mujer que da a luz una serpiente o un perro” (Paré, 1993: 21).

Detengámonos un momento para reflexionar sobre esta enunciación. En primera instancia, Paré establece una clara demarcación del monstruo, que para serlo tiene que llevar en sí mismo la marca de la diferenciación (un brazo, dos cabezas, o todo aquello fuera de lo ordinario); es decir, distinto de los patrones que se han pactado como normales en la construcción de lo humano. El autor francés procede bajo la premisa de la comparación: si se parece a nosotros es como nosotros, si no, es un aberración de la naturaleza, una equivocación, o un castigo. El discurso determinante con que Paré esclarece su definición no deja lugar a dudas: constituyen signos de alguna desgracia que ha de ocurrir. Todo ser nacido al margen de los parámetros de la semejanza no puede ser otra cosa que un mal presagio. Con ello, Paré, como hombre de su tiempo, no pudo desligarse de los temores medievales, que aún en plena época renacentista imperaban en el imaginario colectivo: el miedo a lo diferente, portador de plagas, guerras, u otra religión que amenazaba el espacio de comodidad.

Sucede entonces que el conocimiento empírico en su forma más gastada se impone como un razonamiento filosófico o científico, y ya no solamente religioso (recuérdese que estamos en el medievo, y esta época es la transición hacia la Ilustración), y así, con estos discursos de competencia intelectual, seguir validando la semejanza como una norma de igualdad u orden. Sin embargo, Paré ya intenta una sutil ruptura a nivel del discurso seudocientífico que emplea para distinguir al monstruo (fuera del curso de la naturaleza) del prodigio (contra la naturaleza), con la idea reiterada del monstruo en la cosmovisión religiosa del medioevo, donde uno contenía al otro:

*“Mostrum es un termino religioso. Significa prodigio, advertencia de la voluntad divina...
El denominativo monstruo, al pasar a la lengua latina común, tardíamente, significa*

mostrar, designar, indicar; en otras palabras, monstruo es signo (una realidad que está en otra y ciertos códigos que rigen la función). El monstruo aparece donde algo sustituye a otra cosa. Prodigiosamente, Dios envía el mensaje infernal... El monstruo es castigo de Dios y miedo del hombre” (Herra, 1988:66-67).

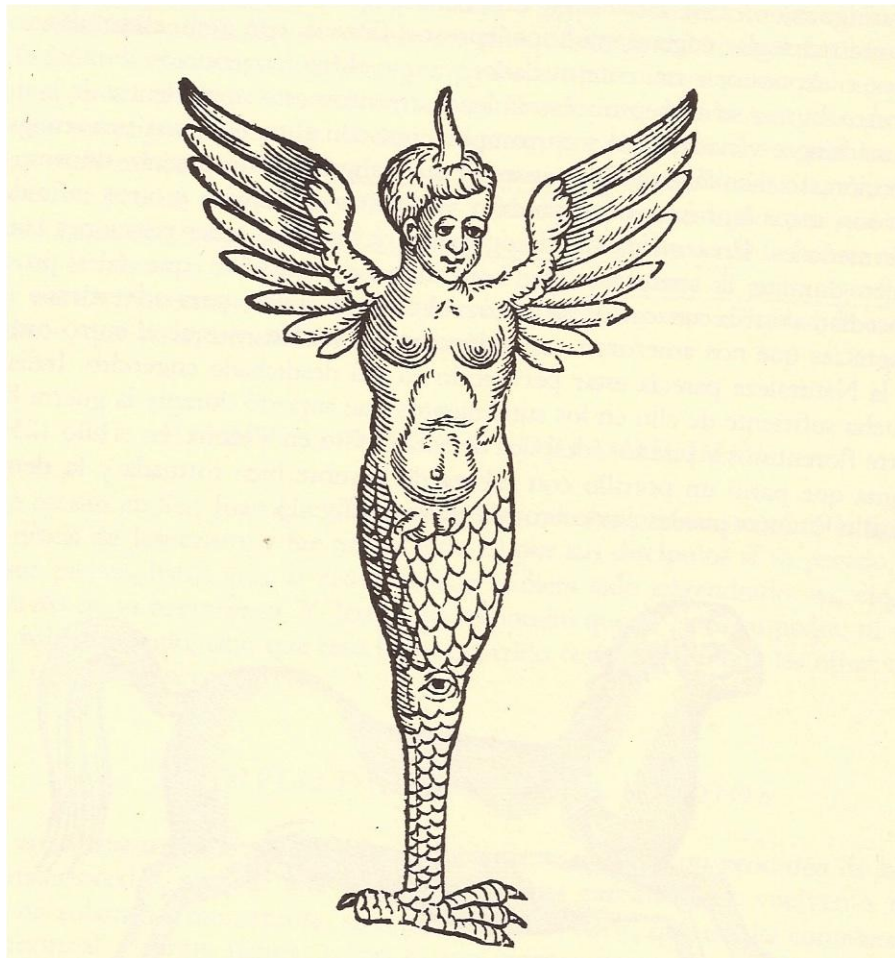
Al romper con esta tradición, insisto, intenta validar su acercamiento de hombre de ciencia a los fenómenos aberrantes que estudia, sin inmiscuirse en los argumentos de la Iglesia que nacen de la imaginación más pura del colectivo de la época, temeroso y creyente de los seres atterradoramente fantásticos que surcan la fe cristiana. Aunque, curiosamente, la mayor parte del libro sobre el que se reflexiona dedica un gran número de páginas para hablar de monstruos de naturalezas increíbles en cielo, tierra y mar. El texto, confunde combina los parámetros de demarcación entre lo real y ficticio, la superstición y la superchería:

“El mundo de los sueños contribuyó a elaborar la noción de un mundo irreal y espiritual, y generalmente todas las condiciones de la vida salvaje de la aurora de la humanidad condujeron hacia el sentimiento de lo sobrenatural de una manera tan poderosa, que no cabe asombrarse de cuán profunda está saturada del antiquísimo de la religiosidad y de la superstición” (Lovecraft, 2002: 8-9).

Esta postura la podemos observar con la segunda parte de la definición de Paré con relación a los prodigios, donde la aberración es llevada a los extremos al concebir la posibilidad de nacimientos fuera de todo orden natural, fincados en la imaginación absoluta y avasalladora: la de parir serpientes o perros. Y con ello se abre otra manera de razonar el fenómeno, desde la perspectiva de lo fantástico que propone Jean Bellemin-Noël:

“No se trata de hacernos creer en lo real para que reconozcamos finalmente lo imaginario, sino mediante un falso realismo, (un realismo de la falsedad), hacernos tomar por imaginario lo que, en última instancia, es lo real que rechazamos admitir. Lo fantástico, y es aquí donde utiliza de la forma más retorcida la literatura en sí misma, finge jugar el juego de la verosimilitud para que nos adhiramos a su “fantasticidad”, cuando manipula lo falso verosímil para hacernos aceptar lo que es más verídico, lo inaudito y lo inaudible” (Roas, 2001: 139-149).

Figura 1: Fig. 2. Retrato de un monstruo asombroso



Fuente: *Monstruos y prodigios*, Ambroise Paré (1993), Barcelona: Siruela¹.

Paré, de manera consciente o no, establece esta relación con el signo para seguir manipulando su premisa: el monstruo es mi semejante, el prodigio una alteridad nacida de mí, pero producto de la intervención de una otredad, de un enemigo ajeno que me acecha.

A continuación cito la clasificación de Paré sobre la cual centraré mis reflexiones:

"I. De las causas de los monstruos

Las causas de los monstruos son varias. La primera es la gloria de Dios. La segunda su cólera. Tercera, la cantidad excesiva de semen. Cuarta, su cantidad insuficiente. Quinta, la imaginación. Sexta, la estrechez o reducido tamaño de la matriz. Séptima, el modo inadecuado de sentarse de la madre, que, al hallarse encinta, ha permanecido demasiado tiempo sentada con los muslos cruzados u oprimidos contra el vientre. Octava, por caída, o golpes asestados contra el vientre de la madre, hallándose esperando un niño. Novena, debido a enfermedades hereditarias o accidentales. Décima, por podredumbres o corrupción de semen. Undécima, por confusión o mezcla de semen. Duodécima, debido a engaño de los malvados mendigos itinerantes. Y decimotercera, por demonios o diablos.

Hay otras causas que dejo de momento, pues, al margen de todas las razones humanas, no pueden darse otras suficientes y fidedignas: por ejemplo, por qué son creados los que no tienen sino un solo ojo o el ombligo en medio de la frente, o un cuerno en la cabeza, o el hígado al revés. Otros nacen con patas de grifo, como las aves, y ciertos monstruos nacen en el mar; en resumen, hay infinidad de otros monstruos, que sería demasiado largo describir" (Paré 1993:22).

Para poder acercarme al texto de manera más ordenada, arbitrariamente –porque toda clasificación finalmente responde a la arbitrariedad– dividí en grupos la tipificación de monstruos de Paré. Grupos que, desde mi perspectiva, cumplen una misma función en la programática textual de

las causas posibles del engendramiento de monstruosos. No pretenden ser únicas o reductibles, sino sólo ayudar a la organización del material seleccionado para este estudio en función de mis objetivos, y sin romper la categorización que Paré propone en este libro que se perfila como un texto cultural² que contiene mucho del pensamiento occidental en relación a lo monstruoso.

En el primero he integrado los cuatro orígenes que encabezan la lista: la gloria de Dios o su cólera. La cantidad excesiva de semen o su insuficiencia. Esta primera sistematización del signo es altamente significativa, se establece como principal creador de seres periféricos a Dios, de manera que no se entre en conflicto con otras instancias de orden social como lo es la Iglesia, al dejar claro que es él todavía el centro inequívoco de toda creación benigna o maligna. De esta forma se validan las dos siguientes de carácter fisiológico y médico: el semen en su abundancia o escasez. La premisa de Paré busca instaurar, en el orden mismo de esta enumeración, un discurso tácito de conciliación, alejándose así de cualquier tipo de herejía: Dios está sobre todas las causas probables o improbables y de él se desprenden las demás.

No debe de extrañarnos esta postura del autor de *Monstruos y prodigios*, ya que se ve ante una encrucijada de siglo, e intuye de manera consciente o no que la transición cultural e ideológica tardará en ceder a las nuevas formas; sabe que el signo, sea cierto o probable, debe encontrar su lugar en el interior del conocimiento, pero aún no se lo creen del todo. Porque, como bien señala Michel Foucault: “En el siglo XVI se consideraba que los signos habían sido depositados sobre las cosas para que los hombres pudieran sacar a luz sus secretos, su naturaleza o sus virtudes” (2005: 65). Esta premisa permeaba la razón haciendo posible la convivencia de dos discursos opuestos absolutos: el científico vs. el religioso. Estamos ante la primera etapa de la edad de la razón donde todavía “no era el conocimiento, sino el lenguaje mismo de las cosas los que lo instauraba en su función signifiante” (2005: 65).

Cito algunos ejemplos de la agrupación por la gloria de Dios:

“Está escrito en San Juan que un hombre, ciego de nacimiento, recobró la vista por la gracia de Jesúscristo; y fue preguntado Él por sus discípulos si su pecado, o el de sus padres, había sido la causa de que hubiera sido engendrado así, ciego desde el día de su nacimiento. Y Jesúscristo respondió que ni él, ni su padre, ni su madre, habían pecado, sino que esto había ocurrido con el fin de que las obras de Dios se manifestaran en él” (Paré, 1993: 22).

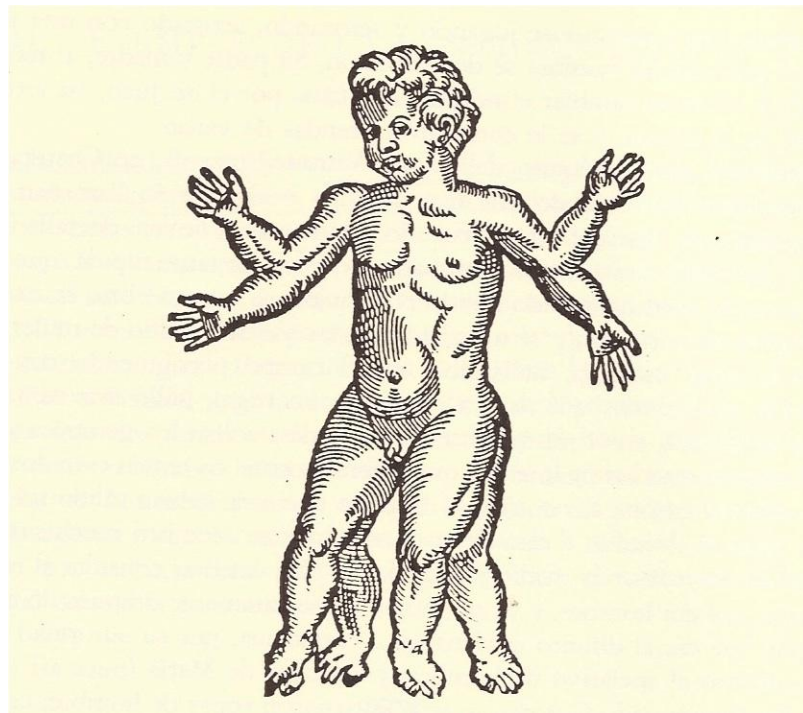
A continuación presento la segunda parte de la primera clasificación, por la cólera de Dios. Aquí los ejemplos son mucho más abundantes, aclarando al lector, sistemáticamente, que las criaturas monstruosas o prodigiosas son fruto de la voluntad de Dios. Es éste quien las permite para castigar la irregularidades de sus padres al procrear: *“las mujeres manchadas de sangre menstrual engendrarán monstruos”* (Paré, 1993: 23). Otra causa es la excesiva cantidad de semen: *“si hay abundancia de materia, se producirán un gran número de camadas o un hijo monstruoso, que tendrá partes superfluas o inútiles, como dos cabezas, cuatro brazos, cuatro piernas...”* (Paré, 1993: 25); los hermafroditas son otra aberración producto de los padres:

“En cuanto a la causa, es que la mujer aporta tanto semen como el hombre en proporción, y por eso la virtud formadora, que siempre trata de crear su semejante, es decir de un macho, a partir de la materia masculina, y de una hembra de la femenina, hace que en un mismo cuerpo se reúnan a veces los dos sexos, y se les llama hermafroditas” (Paré, 1993: 37).

Por último, un ejemplo acerca de insuficiencia de semen: *“Si falta cantidad de semen, como hemos dicho anteriormente, del mismo modo fallará también algún miembro, en poco o en mucho.*

De ahí ocurrirá que el niño tenga dos cabezas y un brazo, y otro no tenga brazos; otro no tendrá ni brazos ni piernas...” (Paré, 1993: 43).

Figura 2: Fig. 21. Monstruo con cuatro brazos, cuatro piernas y dos sexos de mujer

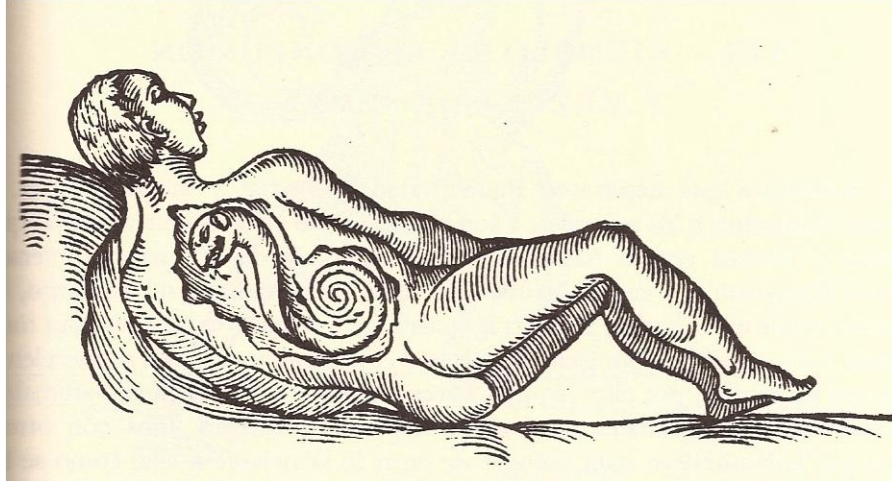


Como se puede observar en los ejemplos antes citados, la constante es la observación de los fenómenos en su repetición, atribuyéndoles la injerencia de una fuerza divina que cura (al ciego) o castiga (la lujuria); o la naturaleza misma del cuerpo humano (sesgo de ciencia), al identificar la abundancia y la carencia de miembros con el semen. Todo ello ligado indisolublemente (recuérdese que es una época de transición) a la idea de que *“Dios usa todavía signos para hablarnos a través de la naturaleza, se sirve de nuestros conocimientos y de los enlaces que se establecen entre las impresiones a fin de instaurar en nuestro espíritu una relación de significación”* (Foucault: 2005, 66).

Continuemos con la segunda clasificación a la que denominé: extrañezas corporales con explicación científica, donde consigno la causa sexta, estrechez de matriz; la séptima, exceso de tiempo o inadecuado modo de estar sentada de la futura madre; octava, por caída o golpes en el vientre; novena, enfermedades hereditarias o accidentales; décima, podredumbre o corrupción de semen. La constante en todas ellas es la visión de un científico de la episteme que intenta explicar la monstruosidad desde la instauración de un orden (los monstruos no nacen de manera espontánea, todos desde esta focalización, proceden del hombre mismo), y desde la sistematización (causas y modos de esos nacimientos). Paré, en esta segunda categorización que distingo, trata de explicar de manera científico racional, si los fenómenos que evalúa responden a leyes interiores. Para ello fija órdenes empíricos que los rigen en ese intento afanoso de desprenderse de lo sobrenatural, de lo fantástico.

La mirada atenta a las mutaciones que provienen de malos tratos o posturas no adecuadas en la madre que está encinta; o de los casos de expulsión de piedras o deformidades causadas por enfermedades, intoxicaciones, o accidentes. Para validar sus registros Paré utiliza referencias clásicas, y recurre a citas de autoridades del pasado o contemporáneas, siempre que apoyen sus descubrimientos o aseveraciones. Esta insistencia, casi sistemática, de avalarse en los otros para crear en el lector el efecto de estar ante un tratado científico, es con la intención de alejarse de los libros de maravillas muy populares en la edad media, dando así más credibilidad a sus estudios.

Figura 3: Fig. 34. Niño que tenía una serpiente viva en la espalda, royéndolo



Sin embargo, el abuso de las láminas o viñetas del medioevo, así como el hecho de que cuantitativamente es mayor el número de sucesos extraordinarios que el de los casos relacionados con problemas reales de salud, hacen que el libro carezca de la seriedad exigida por sus contemporáneos, y lo sitúen como un híbrido del pensamiento de la época, como receptáculo de una serie de referentes de representación colectiva basad en el imaginario popular o religioso. Lo cual, me parece, hace de *Monstruos y prodigios* un libro más literario que científico, desde el contexto actual, condensando entre sus páginas el pensamiento (la filosofía de la época) y su práctica en la sociedad (la literatura), porque como un texto cultural se ha nutrido de otros y por ello:

"...no tiene verdadera vida autónoma. No existe sino reproduciendo en un objeto cultural bajo la forma de una organización semiótica subyacente que sólo asoma fragmentariamente, en la superficie del texto en que viene insertado, por medio de huellas imperceptibles, fugaces, que resultan de un análisis atento de los síntomas" (Cros 2009:181).

Así, la problemática del texto cultural implica que ciertas construcciones semióticas saturan o han saturado el campo cultural de manera más o menos confusa y a largo plazo (Cros 2009:178) confundiendo los discursos, contaminándolos y adaptándolos a las necesidades de su contexto. Para ejemplificar lo anterior, cito sólo un par de ejemplos de estas causas. El primero es sobre la deformidad heredada: *“También nacen niños monstruosos y deformes debido a las malformaciones o complexiones hereditarias de sus padres y madres; pues es bastante evidente que un jorobado hace que su hijo nazca jorobado... Una mujer coja de lado hace a sus hijos cojos como ella”* (Paré, 1993: 52). El segundo ejemplo por accidentes; aquí, el autor francés, hace un apartado extraño para instaurar como acto monstruoso la expulsión de objetos ajenos al cuerpo o producto de circunstancias poco probables que dan origen a actos aberrantes y dolorosos. Paré registra a un hombre que, tras ser herido en combate, a los pocos días expulsó una bala por el trasero; a una mujer que se tragó una aguja y dos años después la eliminó dolorosamente al orinar.

Podemos constatar que las teorías científicas siguen fieles a sus primeras reflexiones y son, sin ir más allá, códigos de representaciones superficiales. La validez o no de sus posturas se da en el pensamiento de la semejanza, así la representatividad cuantitativa de lo monstruoso está dada en el hecho mismo de ser monstruoso: de un jorobado sólo se pueden esperar hijos jorobados. Estas sentencias tan arbitrarias como *naif*, en su momento le merecieron duras críticas a Paré, pero hay que reconocerle su intento afanoso por sistematizar dos mundos encontrados, opuestos: el científico y el imaginario, en un siglo donde uno no puede convivir sin el otro.

Lo anterior me da la pauta para abordar al último grupo denominado de lo imaginario colectivo a lo fantástico. Asigno a éste la quinta causa, la imaginación; la undécima, por confusión o mezcla de semen; duodécima, debido a engaño de mendigos a los cuales Paré asocia con magos o hechiceros; y, finalmente, la decimotercera, por obra de los demonios o diablos. Es importante hacer énfasis en que la semejanza se sitúa también al lado de la imaginación. No habría criaturas

tan espantosas o escalofriantes sin que ésta interviniera en la composición misma de nuevas formas que parten de las representaciones ordinarias llevadas a sus límites. De tal suerte que siempre serán monstruosas porque los límites de la representación imaginaria son más autónomas y menos monótonas. Cada cual puede imaginarse un monstruo, aun ya personificado en la iconografía o la escritura popular, y será semejante pero diferente al mismo tiempo, pues las marcas de construcción que se añadan responderán, necesariamente, a las premisas culturales o sociales de la época en la que se registre.

Así, el trabajo de Paré para integrar en su enumeración de causas las que engendran monstruos, es, precisamente, crear la posibilidad de hacer aparecer como semejantes dos impresiones que se desprenden de lo natural, por un lado, y de la naturaleza humana y su inventiva fantástica, por el otro. Es necesario para el efecto de verosimilitud que lo representado se repliegue en lo posible; posible que está dado en el contexto cultural, en el imaginario colectivo que dice aquello aberrante e imposible que puede sucederse. Por eso no hay que olvidar que hablamos de un libro del siglo XVI que fue visto como científico, aunque ahora nos parezca literario y fantástico, libro que se suma más a la tradición del género de lo maravilloso.

Así, no nos resulte extraño que el texto de Paré dedique más de la mitad de su investigación a analizar las impresiones de la memoria en colectivo de los entes creados por el azar genético: cuerpos deformes a los cuales se les atribuyeron características imposibles, gracias a la imaginación y a las ideas religiosas de la época. Pasando de fenómenos a monstruos de una originalidad asombrosa que con el correr del tiempo se instauraron como creencias populares que circularon oralmente hasta ser atrapadas tanto en los anales científicos como literarios.

De ahí que la quinta gran causa de este catálogo, desde mi perspectiva, sea la imaginación y, por consecuencia, todo lo que se deriva de ella: hechiceros y magos que corrompen el semen para

crear abominaciones en venganza por el agravio de alguna dama o caballero ofendidos; diablos y demonios que se divierten insertando en los vientres de las mujeres aberrantes objetos (ya que lo femenino se ha relacionado, algunas veces, en la cultura occidental con lo maligno, y se han tenido, por consiguiente, como receptáculos de todos los males), o la incertidumbre entre los humanos siempre temerosos de sus oscuros poderes.

Basta sólo imaginar cosas impías y poco ortodoxas cuando se tienen relaciones sexuales para engendrar un monstruo, o hacer caso a los remedios provistos por brujas mal intencionadas y celosas. Cito del libro algunas causas de la quinta razón. Sobre el poder de la imaginación en el semen que engendró un niño rana:

“Bellanger, hombre de fina inteligencia, deseoso de conocer el origen de este monstruo, preguntó al padre de dónde podía proceder; le dijo que pensaba que, hallándose su mujer con fiebre, una de sus vecinas le aconsejó, para curarse, que tomase una rana viva en la mano y la sujetara hasta que muriese la rana; por la noche, fue acostarse con su marido, con la rana aún en la mano; ambos se abrazaron y ella concibió, y así creó este monstruo por la virtud imaginativa” (Paré, 1993: 48)

Por último, un ejemplo sobre la imaginación en relación con los demonios y sus fechorías. El primero que trata de ilusiones diabólicas, y que le sucedió a una mujer muy bella, sirvienta de un hombre muy rico, que una noche fue preñada por el diablo. Por este motivo fue encarcelada por las autoridades ante el rumor, para esperar los resultados de dicha cópula:

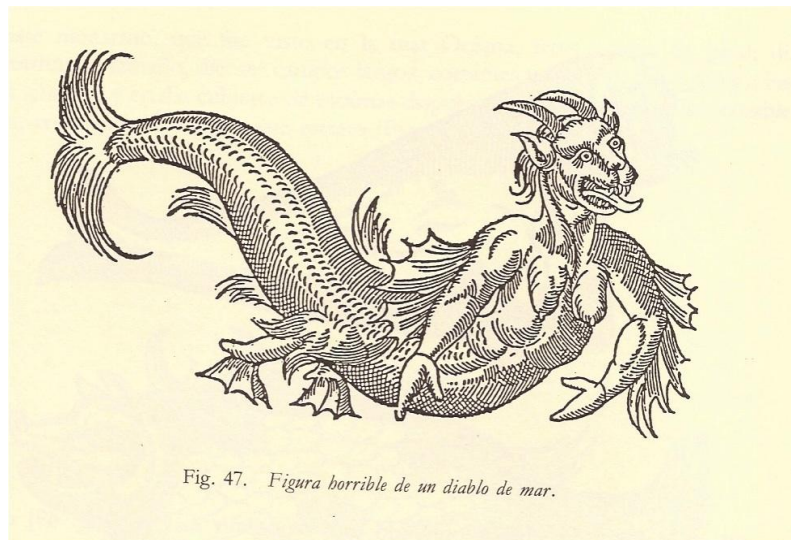
“Llegada la hora del alumbramiento, ella sintió las habituales contracciones y dolores de las mujeres que van a dar a luz; y cuando las comadronas estaban listas para recibir el fruto y pensaban que iba a abrirse la matriz, empezaron a salir del cuerpo de esta joven

clavos de hierro, trocitos de madera y de vidrio, huesos, piedras y cabellos, estopas y varias otras cosas fantásticas y raras que el diablo había colocado ahí con sus artes, para engañar y burlarse del vulgar populacho que presta fe con excesiva ligereza a prestigios y engaños” (Paré, 1993: 83).

Otro ejemplo sobre la imposibilidad de que los demonios engendren:

“...los demonios son inmortales y eternos: ¿para qué pueden necesitar engendrar, puesto que no requieren sucesores, ya que existirán siempre? Por otra parte, no está en manos de Satanás, ni de sus ángeles, el crear nuevos seres; y si así fuera, los demonios, desde que fueron creados, hubiesen podido engendrar otros, habría mucha diablería por esos campos. Por mi parte, creo que esa pretendida cohabitación es imaginaria y procede de una impresión ilusoria de Satanás” (Paré, 1993: 83).

Figura 4: Fig. 47. Figura horrible de un diablo de mar



Concluyendo

El tema de la trasposición del cuerpo monstruoso a la representación fantástica ha proporcionado a la literatura material ilimitado para hacer uso de él desde diferentes enfoques temporales, sociales, ontológicos, metafísicos o filosóficos. El libro *Monstruos y prodigios* es un buen ejemplo de ello. Quizá el éxito y la efectividad de este texto radica no solamente en que lo fantástico tiene mayor impacto y permanencia entre nosotros; pues nos damos cuenta de que no es sólo inventiva desenfundada y loca, sino que se gesta desde lo real, desde lo posible, y gracias a ello, podemos “*percibir directamente y en su verdad analítica las identidades y diferencias de las cosas*” (Foucault, 2005:76).

Desde mi propuesta, los monstruos no son distintos a nosotros, pues proceden de la misma matriz, nuestra naturaleza humana; los monstruos no son solamente receptáculos de la maldad de entes sobrenaturales que nos orillan a hacer atrocidades, sino la voz y la inventiva más perversa de nuestros bajos miedos y nuestras temidas perversiones. Los monstruos, nacidos del azar, no se asocian de manera nata con las catástrofes o al castigo, sino que son la lectura que de ellos hacemos guiados por el miedo a la diferencia.

Se habla de que el hombre ha superado esta etapa primaria del conocimiento, que ahora la episteme va más allá de las asociaciones inmediatas y el miedo primitivo; sin embargo, ¿por qué aún seguimos sin erradicar la figura del monstruo que siempre está entre nosotros como promesa, como posibilidad? Será, como señala Edmond Cros al hablar del sujeto cultural, que:

“El orden significativo que es responsable de la división del sujeto lo es igualmente de su alienación, esto en virtud de una propiedad específica de toda práctica semiótica que opera una escisión entre lo real y aquello mediante lo que lo real es representado. El signo convoca lo real y lo real se desvanece en el signo en beneficio de su representación.”

Esto es lo mismo para el sujeto, que no figura en su propio discurso nada más que a costa de una escisión entre lo que sería la autenticidad de su ser y el símbolo que lo representa [...]" (2009:168).

O como dice Michel Foucault, a quien he mantenido como guía de mis reflexiones:

"[...] del lado de las fronteras más bajas y más humildes. Allí, se liga la imaginación, a las repeticiones inciertas, a las analogías empañadas. Y en vez de abrirse sobre una interpretación, implica una génesis que remonta desde estas formas gastadas de lo Mismo a los grandes cuadros del saber desarrollados según las formas de la identidad, de la diferencia y del orden" (2005:77).

Figura 5: Fig. 35. Niño con medio cuerpo de perro



Sí, el monstruo existe porque es el otro lado de la cara del hombre. Son, en suma, un desbordamiento de la representación de nosotros mismos, un ascetismo al revés, a los cuales profesamos una adoración siniestra que no para en la imaginación o el enajenamiento cultural. El cuerpo monstruoso, que es real, que existe, que es raíz de nuestra misma humanidad y miseria, se vuelve entonces representación pura, materia dispuesta para las más exacerbadas o sublimes representaciones fantásticas.

BIBLIOGRAFÍA

Bellemin-Noël, Jean (2001), "Notas sobre lo fantástico (textos de Théophile Gautier)", en (David Roas) *Teorías de lo fantástico*, Madrid: Arco/libros S.L.

Brasey, Édouard (2001), *Brujas y demonios*, Barcelona: J de Olañeta Editor.

Cros, Edmond (2009), *La sociocrítica*, Madrid: Arco libros.

Eliade, Mircea (1972), *Historia de las religiones*, México: Era.

Foucault, Michel (2005), *Las palabras y las cosas*, México: Siglo XXI.

Herra, Rafael Ángel (1988), *Lo monstruoso y lo bello*, Costa Rica: Univeridad de Costa Rica.

Izzi, Massimo (1996), *Diccionario ilustrado de los monstruos*, Barcelona: J. de Olañeta Editor.

Lovecraft, Haward Philips (2002), *El horror sobrenatural en la literatura*, México: Fontamara.

Minois, George (2004), *Historia del infierno*, México: Taurus.

Paré, Ambroise (1993), *Monstruos y prodigios*, Barcelona: Siruela.

Schunon, Frithjof (2004), *Miradas a los mundos antiguos*, Barcelona: J de Olañeta Editor.

¹ Todas las ilustraciones que aparecen en el artículo fueron tomadas de esta misma fuente, por lo cual no se volverá a mencionar en lo posterior.

² Se definiré el texto cultural como un fragmento del intertexto de un cierto tipo, que interviene con modos específicos de funcionamiento en la geología de la escritura. Se trata de un esquema narrativo de naturaleza doxológica en la medida en que corresponde a un modelo infinitamente repetido que se presenta como un bien colectivo cuyas marcas de identificación originales han desaparecido. Las innumerables manipulaciones de las que este esquema han sido objeto provocan en su contorno incesantes rectificaciones de elementos secundarios y conllevan series de variantes; éstas refuerzan paradójicamente la inalterabilidad de su núcleo semántico constituido por concreciones semióticas que mantienen entre ellas relaciones que no pueden sufrir alteración cualquiera que sea esta. La invariabilidad que cristaliza el sentido de este núcleo semántico duro esta protegida por la extrema labilidad de los elementos periféricos (Cros: 2009, 181)